

ensangrentada por las laderas y herida por la flecha del desengaño. Nala vió ya que su abandono le había quitado la vida y se proclamó al frente de su ejército el sacrificador, ó más bien, el asesino de su esposa. Y no pudiendo ya ofrecerle ningún holocausto, sino su propia vida, se despeñó por los riscos y fué á buscar allá en las insondables honduras el tálamo frío y único en que podían unirse para siempre dos destrozados cadáveres.



KUMARITA

En varias ocasiones hemos hablado ya de las metamorfosis porque la mujer ha pasado en las sociedades arias, y con especialidad en las sociedades indias. Hemos dicho que la monogamia se debe al ario en la civilización, y que sin monogamia resultaría la familia de todo punto imposible. Nuestra religión monoteísta, nuestra moral severa, brotaron allá en los desiertos de Madián y en las orillas del mar Rojo; pero nuestra familia y su organización, el arte nuestro y sus inspiraciones, la filosofía y sus ciencias añejas, la política y sus múltiples organismos, débense principalmente á las razas arias. En la India el cielo está poblado por una trinidad metafísica y el mundo poblado por una trinidad moral. Es la trinidad metafísica de los indios aquella Trimurti en cuyos términos capitales se contienen todos los aspectos del Sér divi-

no, y es la trinidad moral aquella familia en que padre, madre, hijo, se identifican y se confunden hasta componer y formar la unidad esencial, base y cúspide quizá de toda sociedad. El pueblo indio divinizó á la mujer en sus teogonías, y no contento con haberla divinizado en sus teogonías, divinizóla también dentro del templo, de su casa y sobre los puros altares domésticos. Pero no siempre tuvo la mujer esta misma condición. En los pueblos indios existe un período llamado de los vedas, comparable á nuestro período evangélico, en el cual todo lo esclarece la santa luz divina y todo lo depura un culto verdaderamente religioso al fuego creador. Entonces la mujer tiene una influencia social en armonía con la pureza que reina en los altísimos altares de los dioses. Pero más tarde cambia todo esto. La teocracia con sus castas se sobrepone á la religión pura del espíritu; las clases sacerdotales quieren predominar y sojuzgan á las clases inferiores, explotando en su contra y para su opresión á los dioses convertidos en fórmulas generadoras de un brutal despotismo. Y como no sea posible tiranizar sin corromper, y no sea posible corromper sin pudrir primero y principalmente á las mujeres, tiende á esta corrupción el brahmán, en cuanto añade á sus caracteres sacerdotales caracteres políticos, y á su dominación religiosa una dominación material.

El brahmanismo degenerado, merced á esta dominación material, en cuanto hubo constituido las castas tiránicas, también constituyó á su lado ciertas instituciones corruptoras, como las esposas de los dioses. Nada más contrario á la naturaleza de las razas arianas que semejante harén espiritual, donde, ofrecidas las mujeres á un dios, resultan explotadas por un mortal, tanto más merecedor de castigo cuanto que acaba cohonestando todas estas faltas humanas con divinos y celestiales pretextos. Así concluyeron las familias por admitir como una honra lo que realmente sólo hedía de suyo á degeneración. El templo indio concluyó, en la decadencia general de aquella sociedad y en la degeneración de aquellas costumbres, por tener una especie de complemento en este monasterio de mujeres adscritas á la divinidad. Nada tan puro y santificante como que la mujer forme parte de la divinidad, cual forma parte de la humanidad, y nada tan puro y santificante como que la sacerdotisa participe del culto consagrado á los dioses como participa el sacerdote. Pero si esto sirve á sostener una casta y á exacerbar la corrupción, verdaderamente hay motivo para que la historia se indigne y lance airada sobre quienes así alteran las fuentes más puras de la vida sus anatemas, equivalentes al rayo de los dioses. ¡Cuántas veces, al llegar ellas á la triste an-

ciudad, aquellos sacerdocios tan por extremo poderosos y ricos dejaban sin amparo á tales pobres mujeres, dándoles por todo recurso un pase ó permiso que las autorizase á pedir limosna en las puertas de las casas y en las encrucijadas de los caminos! Por manera que, después de haber participado casi de la divinidad en las alturas sociales, rodaban á los más hondos abismos y se confundían con los más tristes mendigos. Tal es la funesta historia de todas las degeneraciones, y por tan ásperos y tortuosos caminos llegan á su decadencia los institutos más altos, los seres más extraordinarios, los dioses más sagrados, porque todo está sujeto en los círculos misteriosos de la vida y del sér á metamorfosis y transformaciones continuas.

Junto á estas esposas de los dioses había en la India otra orden sacra de mujeres indispensables al culto. Me refiero á las bayaderas. Nadie ignora cuánto los antiguos estimaban ciertos nerviosos desórdenes, en los cuales notaban, no lo que nosotros notamos, una especie de verdadera enfermedad, notaban una visita celeste. Los extravíos de la mirada, los temblores de la carne, los saltos impelidos por una fuerte musculatura, los sacudimientos nerviosos, los ataques epilépticos, la confusión en el pensar y hasta la incoherencia en el decir, lejos de aparecérselos como un achaque ma-

terial, aparecíaseles como un privilegio. Nosotros no tenemos que ir muy lejos para conocer y apreciar estas supersticiones terribles. Nosotros hemos visto en pueblos por donde han pasado varias civilizaciones seguidas, cuyas huellas no han podido borrarse, formando vetas indudables de cultura, nosotros hemos visto considerados como predilectos del cielo á los que carecían en el mundo hasta de aquella inteligencia indispensable para significar la racionalidad superior que distingue al hombre de los demás animales. Un estúpido ó imbécil de nacimiento es considerado en algunas regiones meridionales como preferido de la divinidad y como señalado por marcas celestiales. ¡Cuánto más no sucederá en aquellos primitivos pueblos del Oriente, donde la superstición se respira en los aires y se absorbe como una especie de vital sustancia por los poros! Así el magnetizador de la serpiente que fascina estos temibles reptiles ó con su mirada ó con su voz; la pitonisa, que dice fórmulas oraculares entre los sacudimientos de su cuerpo, agitado por una convulsión ó encendido por una fiebre; los poseídos de cualquier espíritu, que por su boca espumarajan y vibran en sus labios agitados aquellos extraños y originales conceptos, tan propios de su alma en demencia ó en delirio, tienen alguna indudable relación misteriosa con sus divinidades.

En todos estos pueblos el baile se confunde ó se confunde ó se identifica con una ceremonia religiosa. Por consiguiente, había en las sociedades antiguas especiales clases de danzas, y mucho más especiales todavía clases de bailarinas, que representaban un lado verdadero del culto y una faceta brillantísima del espíritu. Así como ahora mismo, en las mezquitas orientales, el faquir danza, y danza de un modo delirante, hasta caer abrumado y rendido sobre los pavimentos, cual si estuviera exánime por completo, en los templos indios había la bayadera, que danzaba y danzaba en alas de su fe y de su deseo, como si recibiera un soberano impulso incontrastable y no pudiese por una fatalidad eximirse de un movimiento parecido al que tienen los átomos en el universo.

Las fiestas del culto, cuando los brahmanes constituyeron su teocracia increíble, tomaban un aspecto muy extraño. Algunas pagodas parecían volcanes de fuego sacro. Algunas peregrinaciones reunían millares de hombres, los cuales tomaban aspectos de sombras espirituales por la maceración y por el ayuno. Éstos venían cargados á una de religiosos escapularios; aquéllos hincaban tan profundamente la rodilla en tierra que parecían vegetales faltos de toda locomoción; muchos ponían contentos la cabeza bajo las ruedas del carro donde iba la divini-

dad asentada y morían satisfechos de su bienhadada suerte, creyéndose los elegidos de la divinidad; varios imponíanse tormentos crueles como el de arrancarse con tenazas enrojecidas pedazos de sus carnes sin murmurar una palabra; desafiaban otros á las serpientes y ejercían sobre sus cuerpos fascinaciones poderosísimas; en tanto que las bayaderas cuidaban unas del fuego sacro para que jamás pudiera extinguirse, mientras otras en torno de ese fuego sacro danzaban epilépticas, nerviosísimas, fuera de sí, hasta caer como rendidas y exhaustas en una embriaguez exaltadísima, gran borrachera de ideas y gran extravío de sentimientos, sobre aquella tierra del templo, á cuyo alrededor se movían las esferas celestes y las divinidades indias. Y esto se repetía en las innumerables fiestas recordatorias de las lunas nuevas, de los dioses viejos, de las trinidades diversas, de las fechas célebres, de los aniversarios religiosos, de las conmemoraciones santas, de los natalicios, de mil diversos casos, en los que, desde la fascinación de la serpiente hasta la magia de los adivinadores, y desde la magia de los adivinadores hasta la danza de las bayaderas, se ponía todo en juego para obtener una especie de festividad múltiple y gigantesca, muy propia, por su grandor, de aquel panteísmo materialista que todo lo absorbía, en que todos se anegaban, y

de aquellas divinidades infinitas que resultaban otras tantas manifestaciones y otros tantos atributos del Supremo eterno Sér.

La virgen divina ó el tipo de la mujer santa era en la India como una especie de sér femenino superior, ejerciendo un sacro ministerio de maternidad. El germen, que ha fecundado á esta divina virgen, se llama espíritu, se llama verbo, especie de sopro creador y de genio fecundante. Todas las divinidades primitivas nacieron á una de tal maternidad. Más tarde Brahma lo absorbió todo en su panteísmo, pero no pudo quitar jamás el recuerdo de la virgen inmortal que flotaba tan bella como una ilusión ó como una esperanza bendita sobre las cumbres del universo. El fuego ha creado al mundo, según los vedas, y de tal fuego la virgen sacra india es como luz etérea y como llama vivificadora. De aquí el culto que le dedicaban en los templos, y de aquí también la consagración de tantas y tantas vírgenes á guardar la luz encendida sobre las aras de los altares. El calor y la luz, el fuego y la llama representaban dos principios divinos, generadores de un tercer principio que se llamaba la vida. Luz, calor, vida: he ahí la verdadera trinidad merecedora del culto que le decernían y le dedicaban las bayaderas en sus danzas y en sus cantares. Así todos los días iban coronadas

de flores litúrgicas á libar en vasos religiosos la embriagante y cuasi divina soma, que representaba lo que la savia en los árboles y lo que representa en los animales y en los organismos más ó menos animados la sangre y la vida. Por eso la llamaban madre del mundo á la virgen védica, y por eso le ofrecían los mayores sacrificios y las oraciones mayores á la hora del alba, cuando todos los objetos y todos los seres á una sacudían su pesado sueño y á una entonaban el himno de la mañana, propio á todos los antiguos cultos. Necesitóse, pues, que las costumbres se pervirtieran mucho bajo el peso de absorbente y opresora teocracia para que desaparecieran todas estas primitivas adoraciones á la mujer, consagradas tan de antiguo en el culto indio. La diferencia entre las edades primitivas de los vedas y las subsiguientes de los brahmanes, esas diferencias radicalísimas, conócense principalmente por la condición que alcanzan las mujeres entre los indios. Respetadas, muy respetadas, mientras el culto de la luz espiritual á todo se sobrepone allí; pero decaídas, muy decaídas, en cuanto la religión se materializa y las castas ejercen una tiranía que no puede mantenerse jamás ni en ninguna parte sino por medio de una terrible corrupción.

En los diversos tipos de mujeres indias presentados aquí, hemos puesto el empeño de caracterizar

las diversas épocas de su historia. Urvasia pertenece á los tiempos exclusivamente mitológicos y entra en el seno de las divinas estirpes. Su vida está enlazada con la vida celestial, como el humo de un sacro incensario y como la llama de un santo sacrificio. Natalikia está entre los tiempos mitológicos y los tiempos humanos. Descendiente de los patriarcas y abuela ó progenitora de Krichna, resplandece allá en las líneas donde se mezclan la teología y la historia. Damayantia, heroína tanto de la poesía épica como de la poesía dramática, pertenece pura y exclusivamente al arte, donde los elementos más duraderos de cada civilización suelen fijarse. Y la reina que vamos á describir pertenece, por su parte, á la historia. En todas ellas absolutamente se confirman las observaciones expresadas ya respecto del desarrollo histórico y social que ha tenido la mujer durante las fases capitales de un pueblo como el indio. Pura y adorada cuando las ideas védicas prevalecían sobre todo, y decaída cuando las castas extendieron allí un despotismo teocrático tan fuerte como corruptor, en estas alternativas se forma la madre de toda nuestra raza. Por eso tenemos que contemplarla en alguna de sus personificaciones primeras, si deseamos ver por nuestros ojos todos los panoramas del tiempo y todos los cambios del espíritu. Y la observación capital, desprendida de

nuestros estudios, resúmese ahora en estas breves consideraciones, en que dentro de la libertad, y de una época pura y santa, como la libertad y la época de los vedas, ejerce la mujer soberano influjo, perdido, por lo menos rebajado, en cuanto el afán de dominación entra en el ánimo de los poderosos y la toman y la esgrimen como un arma ó como un instrumento de tiranía. Muchos de aquellos que miran la historia con ojos superficiales, ó que predicán el egoísmo á ciencia cierta, suelen alejar el corazón femenino de los intereses políticos y preservarlo de tal contacto. Nosotros no gustamos de que tome papel y oficio de hombre la mujer ni en el Estado ni en la Sociedad. En sus condiciones propias y naturales, dentro de su ministerio, para el orden y cumplimiento de sus fines, la mujer puede alcanzar un influjo que le procure aquella participación en todo correspondiente con su hermoso y privilegiado sexo. Pero especialmente deben saber las mujeres que todo cambio en las corrientes y en las ideas sociales implica un cambio en su condición, y que la cultura particular de cada pueblo se caracteriza por el sitio que ocupan, y el ministerio que desempeñan ellas, y el influjo que tienen. De consiguiente, no puede, no, desasirse del interés político, en el cual van otros muchos intereses contenidos. Si el club ruidosísimo, la tribuna en calles y

plazas, el combate, ya sea cruento, ya incruento, no cuadran de modo alguno con su complexión y con su ministerio, en cambio aquel influjo ejercido desde los santuarios del hogar sobre los corazones de su esposo, de sus hijos, está en el orden natural de las cosas, y como todo cuanto está en el orden natural de las cosas, resulta en último término muy saludable al procomún y muy beneficioso para impulsar á la humanidad por el progreso hacia los grandes ideales.

Espléndida, multicolor, calurosa, oliente, la India subyuga ojos, olfato y oído con sus fuertes matices, con sus aromas penetrantísimos, con sus rumores fragorosos, con su vida extraordinaria, rebosante, aquejada de una plétora, la cual, por todas partes, á guisa de gigantesca erupción, estalla en fulguraciones volcánicas, dentro de cuyas vivas llamaradas y de cuyos ardientes hervideros se contienen seres innumerables parecidos al polvo de átomos encerrados en las emanaciones del sol. Aquellos fuertes aromas de la canela y del sándalo, mezclados con las evaporaciones miasmáticas del juncal espeso y rojo; aquellos jugos, que ahora os dan latidos tales como si la sangre se doblara en vuestras venas y ahora os emponzoñan como un veneno sutil; aquellas palmas, bajo las cuales penden los cocos y los dátiles, así como aquellas lianas cargadas con rami-

lletes y guirnaldas de gayos colores junto á molestos insectillos de voraces aguijones; tantas bellezas unidas con los miasmas coléricos que se difunden desde los pantanosos ríos á los aires, con las víboras y las serpientes que alzan sus áspides para clavarlos, con los tigres que despiden del centelleo de sus ojos y del maullido de sus gargantas reflejos pálidos y fúnebres de muerte segura sobre aquella gestación infinita de seres, todos embriagados por el exceso de su ardiente vida; estos contrastes, tan lejanos del desierto semita como de la serenidad clásica, forman uno de los más extraños conjuntos que jamás hayan podido verse bajo el cielo, cual si en vez de pertenecer tal región á nuestro planeta perteneciese á otros espacios más encendidos y más animados por el éter. Poned en aquel teatro las amplias piscinas religiosas sombreadas por sacros árboles, á cuya sombra los fieles se bañan; las capillas cargadas de amuletos y exvotos, donde los brahmanes se dan á sus múltiples devociones; las pagodas de mármoles y oro, parecidas por su brillo á edificios construídos con brillante pedrería; las plantas litúrgicas á la universal adoración señaladas por los dioses y que muestran varias de sus ramas teñidas en púrpura y otras varias plateadas, prestando á la vegetación tonos metálicos; las rocas por cuyos boquetes creen los fieles pasar de un estado de su

sér á otro estado, y decidme si puede la naturaleza prestarse más con sus recursos al descubrimiento y desarrollo de una religión. Entre la naturaleza en que la gente india se nutre y su espíritu existe una relación tan misteriosa, pero tan estrecha, que no puede caber, ni cabrá, ningún género de divorcio.

Naturalmente, aquel cielo henchido por completo de vapores arrebolados al resplandor solar, que desata lluvias parecidas á diluvios, que genera tempestades verdaderamente apocalípticas, aquel cielo está hecho como para mansión y vivienda propia de innumerables dioses, animados á tanto calor y esparcidos en los mismos espacios que animan. Y si esto sucede con el cielo poblado naturalmente de dioses, con la tierra y con la vida exuberante que la tierra contiene, sucede con la inmensa profusión de animales como ningún otro clima los produce y como ninguna otra región los nutre y soporta. La India es naturalmente una tierra de gigantescas y enormes cacerías. A tanta luz corresponde sumo calor, á este calor suma vida también, á esta vida innumerables organismos, y en estos organismos se contienen las fuerzas todas propias de aquella universal animación y las especies consiguientes. Allí la caza del tigre prendido en trampas y lazos innumerables. Y en estas cazas tan peligrosas y múltiples empléanse unas especies para exterminar

otras especies y pugnan unos animales con otros animales feroces. No hay ni asomo de piedad en el humano corazón por aquellos seres que parecen más delicados, más nerviosos, más tiernos. El cazador coge, por ejemplo, una pantera, la guarda en los fríos hierros de jaula segura, y la condena con crueldad á una espantosa y terrible hambre, para luégo soltarla contra las tímidas y nerviosas gacelas, cogidas en aquellos dientes acerados y en aquellas garras afiladísimas, como la paloma en el pico y en las uñas de un águila. Esa literatura india, donde los animales representan un papel principalísimo, pues las batallas de sus monos encuentran en ella cánticos muy semejantes á los entonados por la *Ilíada* para describir las batallas de sus guerreros, esa literatura india nos representa con vivísimos colores la impulsión que arrastra unos animales contra otros en aquellas feroces competencias del trópico, las cuales ¡ah! los llevan como arrastrados por un instinto incontrastable de asoladora destrucción á holgarse con la muerte y sus despojos dentro de aquella universal carnicería.

Un árbol, por ejemplo, con su follaje lustrosísimo, con sus gomas, y resinas, y mieles continuas, que fluyen como arroyos, con sus flores que invitan á vivir, con sus frutos indispensables al gene-